

## ABISMOS

---

*Entre las sombras, como si se tratase de la desesperada conjura de dioses olvidados, los haces de luz brillaban en su recorrido por las bien engastadas baldosas de la terraza y trenzaban figuras que inspirarían los más atroces versos de algún poeta enloquecido. Porque la luna ya había perdido su nocturno poder y los rayos que proyectaba se deshacían apenas rozaban los ondulantes cortinajes de seda, convirtiéndose en la ilusión de un crepúsculo moribundo. Y más allá de éstos, tras las vidrieras retráctiles, una mujer yacía muerta sobre la cama, con las venas cortadas y la mirada vacía fija en el techo. Hacía tres minutos que había muerto, pero sus sentimientos seguían latiendo donde su corazón lo había dejado y los recuerdos se sucedían caóticos en su cerebro.*

*En vida, Sharon había deseado la oscuridad. Para bien o para mal, la oscuridad - la negrura de la muerte - la alcanzó y constriñó sus huesudas garras en torno a su corazón hasta hacerlo estallar en una locura de sangre y fuego. Pero ni el destino final logró borrar sus emociones, las emociones de una mujer que lo ha perdido absolutamente todo y que, como último recurso, había tomado la decisión de poner fin a su tormento.*

*Sobre la moqueta, la acumulación de sangre había formado un borrón negruzco e irregular. Aún goteaba líquido de sus arterias seccionadas; resbalaba por la piel, tersa y blanca, hasta agolparse en la yema del dedo índice y formar una lágrima brillante de pureza escarlata, anhelante por abandonar su estado y unirse a la mancha espesa del suelo. Pero la sangre ya se estaba coagulando bajo el contacto del aire y su parálisis sobre la piel era inevitable. Se formarían riachuelos rojizos y entrecruzados a lo largo de la mano, inmóviles, resecos, cristalizándose en un lamento inhumano, para siempre inaudible.*

*El cerebro de Sharon bullía hirviente con la agitación de un mar tormentoso. Tan intensos eran los recuerdos que sus oscuros cabellos parecían querer reflejar sus evocaciones recorriendo salvajes las desordenadas sábanas que se esparcían sobre la cama. Un vestido púrpura, casi transparente, dejaba atisbar la completa desnudez interior de la mujer. Sus piernas semicubiertas eran acariciadas por la juguetona mano del viento, colándose caprichosamente a través de la terraza y moviendo los cortinajes blancos para dar un poco de vida a aquella bacanal silenciosa e inexistente. Pero nada, ya nada devolvería el sosiego a la gimiente vulva mental de Sharon.*

*De pronto, el timbre de un teléfono rompió el silencio y provocó la huída de los espíritus que rodeaban el cuerpo inerte de Sharon para llevar su alma a un lugar más bondadoso. Entre remolinos, las entidades espectrales se desvanecieron y aullaron para desaparecer en la nada, desintegrarse con el vacío. Pero uno de los espíritus, este*

*con forma de mujer, no abandonó a Sharon. Ignoró por completo la alarmante acústica que llenaba el dormitorio; sólo tenía sentidos para el cadáver yacente en la cama, quería hacerle compañía. Se deslizó oblicuamente a través del aire y se situó encima del pecho de Sharon. Volaba, se evaporaba y volvía a recomponerse con una belleza allende lo terrenal. Era como si estuviera pugnando contra algo que no podía combatir, como si el espacio que les separaba constituyera un muro imposible de franquear. El semblante femenino del espectro sonrió, torció levemente la cabeza y se quedó mirando, con sus grandes ojos blancos, la tersura facial e inalterable de la muchacha.*

*La tristeza del espectro cristalizó en una lágrima muerta que se posó levemente en la frente de Sharon. La pena, el dolor; sentimientos que aún perduraban después de la muerte. Jirones etéreos se prolongaban sobre la yacente, envolviendo su rostro y cuajándose con sus cabellos negros. La voluntad de aquella mujer que había muerto hacía décadas se debatía con las pasiones vivas de Sharon. Deseaba hacer lo posible por galvanizar la belleza de lo que una vez había sido perfecto e inalterable. Y lo más que podía hacer era estar allí con ella, acompañarla, amarla y acariciar su piel con los harapos astrales de un cuerpo inmaterial.*

*Junto a la cabecera de la cama, sobre una mesita de caoba, una cosa que ya no vivía gritó para que el espectro femenino también le diera su calor. Era una rosa, una rosa ya marchita que, como Sharon, había muerto y su alma todavía se aferraba a la realidad. El espectro extendió un brazo blanco y semitransparente para tocar a la solitaria rosa, otorgándole así un poco de paz. La fémina etérea había dejado de amar y odiar hacía mucho tiempo. Pero ahora se hallaba sobre un cuerpo inerte e insensible al tacto material, cuya mente aún podía latir. Y también su corazón de mujer aún podía amar.*

*Los pensamientos de Sharon se replegaron sobre sí mismos y volvieron a su estado primigenio para invocar los dolientes y desordenados recuerdos que la llevaron a la muerte. Mientras, en la esquina de la habitación, el teléfono seguía llamando... llamando...*

En la noche del 7 de noviembre, una noche que Sharon recordaría toda su vida, el Puente de las Gárgolas era castigado por una fuerte e intensa lluvia. Por el cielo se divisaban claramente los engranajes de las nubes a pesar de la oscuridad. El viento azotaba las estatuas que daban al puente su nombre. Porque aquellas cuatro demoníacas figuras se alzaban con sus alas extendidas y su cola ondulada, las garras abiertas y sus cabezas de ángeles infernales se mostraban retorcidas y deformadas en muecas de inefable maldad. El agua se escurría entre sus músculos tensos, bañando el torso agrietado, goteando de las uñas largas y afiladas. Pero las estatuas seguían firmes en su lugar, impasibles ante los elementos y ante todo lo que ocurría a su alrededor en aquél gran puente de piedra.

Sharon había decidido salir a pasear. Le gustaba la lluvia y caminar bajo ella, en especial durante la noche. Visitaba en aquellos aciagos momentos el Puente de las Gárgolas y permanecía mirando largo tiempo el revuelto río que salvaba, viendo cómo la negrura de las aguas arrastraba sus ilusiones y alentaba sus angustias. Tenía por costumbre vestir una estrecha gabardina azabache y un sombrero de ala ancha, que dejaba ladearse a un lado sobre su cabello. Sharon recorría entonces los barrios más oscuros de la parte vieja de la ciudad hasta que sus pasos la llevaban, como arrastrada por una fuerza invisible, al ignominioso puente.

Envuelta en nudosos pensamientos, la muchacha pasó entre las dos gárgolas gigantescas que flanqueaban la entrada del puente. Más allá se alzaban elevadas farolas cuya cúspide se ocultaba en un haz amarillento a causa de la lluvia. La balaustrada ya estaba desgastada, pero era maciza y robusta, y sobre ella, a veinte pasos delante de Sharon, un hombre se apoyaba en actitud abatida. En un principio le ignoró, ni siquiera le llamó la atención el hecho de que no se protegiera de la lluvia, de que estuviera empapado y tiritando y que vistiera una camisa de manga corta y unos pantalones completamente blancos y pegados a la piel a causa de la humedad. Parecía ajeno a todo excepto a las aguas que observaba. Sharon no le dedicó más que una rápida ojeada y luego volvió a encerrarse en sí misma, pero advirtió de pronto la soledad de aquél hombre. Por un momento le inspiró lástima, pero eso no duró mucho. Apretó el paso y se obligó a no mirarle más mientras pasaba de largo tras él.

Puede que su voluntad fuese verdadera; es posible incluso que una barrera de crueldad se interpusiera entre aquél desconocido joven y ella. Pero cuando estuvo cerca de él, una extraña sensación la hizo detenerse. Algo invadió primero su mente y luego su sensibilidad. Un grito inaudible y desesperado, un aura poderosa proveniente de lo más profundo del alma del muchacho. Era como si gritara: “Ven conmigo. La vida se ha olvidado de mí. ¡Ayúdame! ¡Sólo tú puedes hacerlo!” Sharon volvió de nuevo la vista hacia él. Allí seguía, apoyado en la balaustrada y tan inmóvil como las pétreas gárgolas; no parecía percatarse de su presencia y, sin embargo, estaba segura de que la llamaba, que le pedía socorro en un lenguaje antes desconocido para ella. El único sonido era el golpeteo de la lluvia sobre las losas del puente, y eso fue lo único que acompañó a Sharon hasta que logró cruzarlo. Confundida, molesta consigo misma sin saber por qué, se colocó junto a una de las estatuas que coronaban el extremo del puente y se giró para mirar al joven por última vez. Pero ya no estaba allí.

*En un instante, un fuerte hálito natural proveniente del exterior disolvió y fragmentó el cuerpo astral del espectro. A la vez que también ondulaba el vestido sobre la piel de Sharon, la ráfaga de viento, en su ímpetu, levantó los cortinajes blancos de la terraza y los proyectó hacia el interior de la habitación. La rosa dejó caer uno más de*

*sus pétalos y la salvadora caricia etérea se alejó de ella para volver a unirse al cuerpo inexistente materialmente del fantasma. El aire, como si todo estuviera bajo su poder, reseco aún más los abiertos ojos de Sharon y flotó arrogante en su elemento. La mente de la yaciente se estaba apagando, pero sus tímpanos vibraban bajo los timbrazos de aquél teléfono que prometía algo desconocido e inalcanzable. Las evocaciones de su inmediato pasado no contribuían más que a incrementar ese vacío tan solemne, tan respetuoso, tan digno de alabanza.*

Durante nueve días, Sharon recorrió el Puente de las Gárgolas y sus alrededores. Se afanaba por encontrar a aquél muchacho desconocido, por verle otra vez apoyado y ausente en la balaustrada de piedra. Esta vez, sin embargo, estaba dispuesta a hablar con él. No le importaban las posibles consecuencias, ni lo que pensara de su indiscreción. Él la había llamado de una manera muy especial, desesperadamente, y nunca rechazaría un alma doliente.

En varias ocasiones creyó encontrar al chico que buscaba. Por las noches casi siempre había alguien solitario y apesadumbrado fumando un cigarrillo junto al puente. Pero nunca era él. Sharon llegó a pensar que ya no existía, o que no había existido más que en su imaginación. Y sin embargo no había perdido la esperanza. Tenía que estar en alguna parte y se consolaba imaginado que siempre podría hallarle en el laberinto que era su corazón.

Tal era su insistencia fruto de una saturada obsesión, que una noche se quedó dormida junto a una de las gárgolas del puente, acurrucada en un banco. A medianoche la despertaron unas voces y Sharon se incorporó alarmada. Alguien discutía acaloradamente no muy lejos de donde se encontraba ella. Se situó detrás de la estatua, espiando entre los dedos pétreos de una de las garras abiertas de la gárgola, y acechó a una pareja de jóvenes que mantenían una reyerta en el puente. La mujer, vestida con un abrigo blanco, estaba de espaldas a Sharon. Era ella la que gritaba a otra persona fuera del alcance de visión de Sharon, la cual estaba callada y parecía soportar con resignación lo que aquella mujer le decía. No podía oír nada con claridad, por lo que se limitó únicamente a observar el desenlace de la escena. Al cabo de unos minutos, la extraña elevó más la voz y se colocó de lado, como para irse, y así Sharon logró vislumbrar al callado interlocutor.

No cabía duda: era él.

Ahora, bajo la luz artificial y amarillenta de una farola, podía ver a quien anduvo buscando sin descanso todo este tiempo. Sin embargo, esa noche se encontraba aún más abatido que la vez anterior. Su rostro estaba pálido y por las mejillas Sharon veía resbalar lágrimas que dejaban un rastro brillante sobre la piel. El pelo, en gruesos mechones, le caía a ambos lados de la cara como dos cascadas de agua negra y cristalizada; sus labios temblaban como si

quisieran decir algo, y los ojos, grandes y profundos, miraban llorosos el rostro invisible de aquella mujer. Vestía una gabardina oscura, pero no estaba cerrada y dejaba ver un chaleco carmesí provisto de adornos en la pechera. Sus manos crispadas parecían querer reflejar el ánimo interior de su espíritu, abriéndose y cerrándose con violencia. Daba la impresión de estallar en sollozos de un momento a otro, pero no lo hizo. La mujer se giró para irse hacia el otro extremo del puente. El muchacho no hizo un solo movimiento, ni se dio la vuelta para verla alejarse. Permaneció allí, inerte, inmóvil, con surcos de lágrimas en las mejillas, impasible, hasta que se apoyó en la desgastada balaustrada para mirar una vez más las aguas del río. Sharon creyó oportuno salir de su escondite y darse a conocer, entablar conversación con él, volver a sentirle cerca. Reunió valor, se apartó de la gárgola y avanzó, muy lentamente, hacia él. Reinaba un total silencio en el puente, únicamente secundado por el murmullo del agua.

Entonces, sin previo aviso, aquel joven alzó la cabeza hacia el cielo y emitió un grito desgarrador que impidió a Sharon dar un paso más. Pero no fue el terrible alarido lo que le obligó a detenerse, sino la auténtica causa que impulsaba a aquel ser destrozado a desahogarse gritando al cielo, a la noche, como si llamase a alguien invisible e inalcanzable, algo oculto, velado, sólo accesible por su grito que prolongaba su desesperación y se abalanzaba ciego a la única compañera que nunca, nunca lo abandonaría: la soledad.

Sharon, asustada, retrocedió sin apartar la vista de él. Fue en ese momento cuando percibió la punta del iceberg que era su alma, el espíritu del desconocido al que había llegado incluso a idolatrar sin motivo razonable; notó el primer atisbo de un abismo insondable al que se vería obligada a arrojarle si quería conocerle de verdad. Pero ahora no sintió la angustiada llamada del corazón, el contacto de las almas, que había acogido noches antes. Ahora sólo advertía una terrible laguna de sentimientos retorcidos y forzados a mostrar su más oscuro poder materializado en el vaho que emergía de aquel grito y se proyectaba contra el cielo negro, cubierto de irregulares formas nubosas, para disolverse en el aire. Las sensaciones de Sharon chocaron contra un muro que ella no podía franquear. Envuelta en la más terrible de las tristezas, tambaleándose, despreciándose a sí misma por cobarde, Sharon huyó de aquél viejo puente, del lugar que ya llevaba en su esencia; corrió a través de callejuelas humeantes, negras, por plazas y parques, hasta llegar a su hogar, alejándose para siempre del temible Puente de las Gárgolas.

*Una criatura venida del Infierno se eterializó junto al cuerpo de Sharon. El espectro femenino presintió su cercanía y se alejó inmediatamente, justo antes de que el recién llegado rodeara y envolviera el lugar con su pavorosa presencia. Era algo terrible, incluso para tratarse del espíritu de un hombre muerto. Compuesto tan solo*

*de materia astral, babeaba y gemía, se retorció y tomaba forma humanoide creando de la nada garras y apéndices de color rojizo para aferrar el alma de Sharon y llevársela a un pandemónium de locura.*

*El espectro miró con profunda ternura el cuerpo de la mujer, tan perfecto, tan blanco, tan sensual. Y ahora, junto a él, se erguía poderoso aquel ente cruel y espantoso, proyectando sobre ella gruesos mechones etéreos y osando rozar con su infernal esencia la piel tersa y la sangre seca que aún se adhería a la muñeca. Confió en que la rosa estuviera a salvo. La flor era inocente, una víctima del destino, cuya alma joven todavía palpitaba entre sus pétalos marchitos. Sharon ya estaba condenada, pero quizá la rosa pudiese ir a un paraíso acogedor y lejos de los horrores de una tortura eterna.*

*La alcoba se había llenado de plasma negro. Invisible a los sentidos de cualquier ser vivo, la espesa pastosidad fantasmal se aferraba a las paredes, cubriendo el mobiliario, los cortinajes y las sábanas blancas, incluso deteniendo el avance del viento que entraba por la terraza. El espectro se replegó sobre sí mismo y disminuyó de tamaño, alejándose lo más posible del rezumante ectoplasma. Pero no cejó en su vigilancia del cadáver y, con expresión resignada, desprendió un fragmento neblinoso de su éter y lo lanzó directamente al corazón de Sharon; eso demoraría un poco más su partida hacia la nada.*

Los días pasaron. Lluvia, viento y oscuridad barrieron la escalonada calle donde vivía Sharon, como si quisieran galardonar con atributos naturales el estado en el que la muchacha se encontraba. Desde lo ocurrido en el Puente de las Gárgolas no había salido para nada de su casa; apenas tenía apetito y su aspecto físico era deplorable, hasta el punto de creer que estaba realmente enferma. Incluso su carácter, siempre tan sosegado y tranquilo, se había tornado en muecas violentas y despectivas, hacia todo lo que la rodeaba. Se esforzaba inútilmente en ocultarse tras máscaras de lo que ella creía que era una nueva Sharon, contemplándose largamente delante del espejo, maquillándose con extravagancia mezclando carmines con retorcidas sombras de ojos que se extendían hasta el mentón, pintándose las uñas y labios de negro, buscándose constantemente a sí misma y soñando, siempre soñando, con aquél muchacho desconocido.

Sin embargo, tal vez a raíz de su profundo deseo, le vio una tarde desde su ventana ascender por la calle con arrogancia. A pesar del cielo nublado, llevaba unas extrañas gafas de sol reflectantes y vestía una gabardina blanca que dejaba flotar a sus espaldas. El pelo lo tenía recogido en una coleta larga mientras que, a causa de sus rápidos movimientos, dejaba ver las botas de piel brillante y lustrosa levantando gravillas y piedras sueltas del suelo al caminar. Sharon abrió la ventana para verle desaparecer entre la gente, pero su elevada estatura lo hacía fácilmente

identificable. No dudó un solo segundo esta vez: cogió un abrigo y se lo puso apresuradamente mientras descendía por las escaleras y salía a la calle dispuesta a seguir al joven. Éste dobló una esquina y continuó por una estrecha callejuela hasta llegar a un portal al que se accedía por una escalerilla de piedra. Sharon le vio entrar sin llamar, pero era obvio que aquella no era su casa. Se trataba de un edificio de tres plantas, bastante antiguo, con las ventanas coronadas con arcos ojivales tras los cuales se desprendía un tenue resplandor rojizo. Sharon se acercó a la puerta cerrada y pudo oír voces provenientes del otro lado, aunque no distinguió nada coherente. Se sentó en la escalerilla y esperó pacientemente a que él saliera. Y esperó, esperó, esperó...

*El monstruo etéreo abrió sus goteantes fauces y amenazó con devorar por completo el cuerpo de Sharon. Pero algo le detuvo. Un brillo en la mirada apagada, un destello de pensamiento. Rugiendo, se alzó sobre la cama y desprendió una ola de plasma negro para envolver su alma. Las pupilas de Sharon se dilataron violentamente y alcanzaron el perímetro del iris. La fusión de mente y pasión luchaba por sobrevivir.*

Las horas transcurrieron y nadie abría la puerta, nadie bajaba por las escalerillas donde Sharon, compungida, aguardaba nerviosa la aparición de aquel enigma inaccesible, angustiado. Fue al cabo de media hora después del anochecer cuando el listón giró y apareció la figura delgada del muchacho que Sharon esperaba. Al verla, se quedó indeciso unos instantes, pero luego cerró la puerta mirando al interior del edificio y se agachó al lado de la chica.

- Señorita. - La zarandé por los hombros, pues Sharon tenía los ojos cerrados y no se movía. - ¿Se encuentra bien?

Despegó levemente los párpados y emitió un leve sonido. Una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios. Tomó a Sharon en sus brazos y la llevó a través de lugares poco frecuentados donde nadie les dedicó más de una mirada. Tras un sinuoso recorrido, llegaron a su casa y el fatigado muchacho la depositó con suavidad sobre la colcha de su cama.

Sharon se hallaba confundida. Apenas sentía nada, no podía pensar con claridad. Lo último que recordaba era un sentimiento aplastante de abatimiento mientras esperaba a... ¿a quién? ¿Por qué no seguía delante de aquella casona con ventanas ojivales? ¿Dónde estaba? ¿Quién la había llevado hasta allí? Hasta pasados unos minutos no logró reconocer la habitación. Era un dormitorio excesivamente amueblado, con gran cantidad de adornos y estatuillas extravagantes. Las paredes mostraban pinturas de tonos grises y el techo estaba tapizado con un extraño

material. Todo era de excepcional calidad y la muchacha se vio asaltada por viejos ambientes que evocaban esencias de tiempos perdidos.

Incorporándose sobre la cama, Sharon aguzó el oído al percibir la lejana voz de alguien que hablaba por teléfono. Le dolía la cabeza y casi no lograba escuchar palabras inteligibles. Ahora, al apartar los cabellos de su rostro, vio sobre la mesita de noche una libreta gruesa y algo desgastada, con una estilográfica al lado. Sólo por curiosidad, la cogió y la abrió por una página cualquiera. Estaba escrita con letra menuda, pequeña y ligeramente inclinada, y al parecer se trataba de un diario. Sharon leyó unas líneas escritas hacía unas semanas.

Octubre, 22. 0:30

Ya llevo siete días en la logia. No es tan agradable como imaginaba, aunque he visto cosas y experimentado sensaciones antes desconocidas para mí. Además, me han prestado unos libros que, según parece, hablan de la vida más allá de la muerte. Comenzaré a leerlos esta misma noche.

Octubre, 23 22:15

Hoy he tenido que memorizar una oración en griego, pero desconozco su significado. Se lo he preguntado y me contestaron que no estoy en condiciones de conocer la respuesta. Aún no.

Catherine me ha dicho que deje la organización, pero yo no quiero. No sé por qué... hay algo que me impulsa a seguir en la logia. Aprendo mucho de los maestros. Intenté explicárselo a Catty, pero ella es una necia. No lo entiende.

Mañana comienzo los preparativos para la primera iniciación. Debo levantarme temprano y subir a Curwen's Mound a contemplar la salida del sol. Después, el Maestro me marcará con el Anillo del Espíritu y mi vida renacerá de nuevo. Lo sé. Quizás mi corazón no pertenezca a este mundo y que, como afirma Él, sea necesario un bautizo de sangre. ¿Por qué no? Si el amor es una ilusión de la mente...

Octubre, 29 22:00

He vuelto a discutir con Catherine. Sin embargo, esta vez he aplicado las enseñanzas del Maestro: deslindarse completamente de los lazos afectivos y entregarse en cuerpo y alma a las Fuerzas Ocultas. Cuando estábamos en Barry's, ella me propuso salir de la ciudad, irnos a un lugar lejano para olvidar todo esto. ¡Ja! ¿Olvidar? Yo no quiero olvidar, yo quiero aprender... Su presencia supone una amenaza para mi avance interior. Volqué la mesa en un arrebato de violencia, pero un hombre se interpuso gritándome algo... Lo atravesé con la mirada y él retrocedió tambaleante. Sé que podría haberle hecho mucho más, pero algo me detuvo. Salí de allí con la cara entre las manos, y no consigo recordar cómo llegué a mi casa. De todas formas, he logrado dar un paso más. A partir de ahora, ella no significará nada para mí. El Maestro enseña que para acceder a la unidad con el Oculto hay que liberarse del pasado, alcanzar la indiferencia. Así lo haré.

Sharon cerró el diario. Estaba segura de que ya le había encontrado, que su búsqueda había tocado a su fin. Ahora mismo estaba en su casa, había leído de su diario y le estaba oyendo hablar por teléfono. Pero no sentía nada. Sólo un vacío presto a llenarse con algo horrible e incomprensible, rebosante de desesperanza. ¿Era éste el chico que la había llamado en el Puente de las Gárgolas? ¿El que había sido abandonado por aquella mujer rubia y altiva? Y si era así, ¿por qué ese vacío tan bestial e inhumano en el alma? ¿Por qué esa necesidad de huir de allí y entregarse al olvido? ¿Por qué? Mas no existía respuesta a tales preguntas. Sharon ya se había convertido en víctima. Desesperada, abrió de nuevo el diario y continuó leyendo con ojos vidriosos.

Noviembre, 2 21:30

No me encuentro bien. El Maestro me dijo que no me preocupase, que era algo normal en un adepto hasta que supera las pruebas. Pero sigo teniendo dudas. Mis compañeros murmuran a mis espaldas y apenas consigo rezar con la concentración y fe necesarias. Cada vez me cuesta más seguir las enseñanzas. Catty no me ha llamado... No sé qué hacer.

Noviembre, 5 3:00

Mi consuelo es la bebida. Hoy he ido ebrio a la logia y me amenazaron con castigarme si volvía a hacerlo. Y sus castigos son... Me dijeron que debo hacer un sacrificio al Oculto para limpiar mi alma de los conflictos que la acosan. Pero me he negado. El sacrificio no tiene sentido. Creo que la verdad, y no la indiferencia hacia todo, es lo único por lo que vale la pena luchar.

Noviembre, 7 5:00

Algo me ha ocurrido esta noche, en el puente. He tenido una sensación extraordinaria, como una luz a lo lejos, que me orienta en esta amalgama de dudas y sentimientos. Puede que sólo sea producto de mi imaginación o de mi trastornado cerebro. Pero no sé por qué, ahora me siento feliz. Sigo sin saber nada de Catty. Mañana estoy decidido a llamarla.

Noviembre, 26 7:00

En la logia todo es un caos. Debo salir de allí cuanto antes, sino tanto mi vida como mi cordura peligrarán enormemente. No coge el teléfono y no me atrevo a ir a su casa. Pero seguiré insistiendo.

Ya no había escrito nada más.

De lejos, la voz del muchacho llegaba apagada y débil. Sharon intuyó que la llamada estaba dando a su fin y dejó el diario en su sitio. Se levantó despacio y caminó con torpeza hacia la salida. Daba a un largo pasillo cubierto

por una alfombra negra, y al fondo podía ver al joven desconocido acucillado en el suelo. El largo cabello le ocultaba el rostro; un brazo extendido con languidez sobre la rodilla dejaba ver los largos dedos ligeramente replegados. Sharon permaneció unos instantes en el umbral de la puerta, mirándole. Después regresó al dormitorio para coger el diario y la estilográfica. En una hoja aparte escribió con manos temblorosas el número de su teléfono.

Como en la secuencia de un sueño, Sharon salió desapercibida de aquella casa. Afuera llovía copiosamente. Se arrastró por las calles en la oscuridad, hundida, demacrada, llevando consigo únicamente una rosa roja que había cogido de un florero en el vestíbulo, sus recuerdos y el deseo de morir.

*La alcoba se había convertido en un mausoleo de pesadilla recubierto de gelatina negra. La criatura venida del Infierno, con su poder, barrió las fuerzas positivas que aún residían en el ambiente y ya nada ni nadie podía detenerle. Extendió unas garras venosas sobre el alma de Sharon, las tensó y se abalanzó sobre ella. Y mientras el verdugo cruzaba astralmente el vacío que les separaba, proyectando remolinos violetas y carmesíes a su alrededor, el espectro femenino, que había permanecido replegado en una curva dimensional, se arrojó ciegamente hacia las gigantescas garras de aquella monstruosidad y se disolvió instantáneamente en la nada bajo el impacto. Había salvado, al menos por unos segundos, el alma de Sharon y el ser gemía doliente con un sordo bramido.*

*Mientras la criatura balaba, Sharon se fusionó de nuevo con su cuerpo. Devolviendo fugazmente la vida a la carcasa muerta, giró con lentitud la cabeza hacia la solitaria rosa y la observó con indescriptible pasión, como si quisiera compartir con ella aquella mescolanza de amor y dolor que siempre había tenido en su corazón; pero era feliz en el fondo, porque sabía que su vida no había transcurrido en vano.*

*El teléfono continuaba incesante en su llamada y, aunque el sonido se disolviera a causa del plasma etéreo, llegaba al cerebro de Sharon que ahora lo sentía. Cerró los ojos y un intenso haz de luz despuntó tras un horizonte negro desde el que iba a surgir un huracán de olvido para barrerla por siempre su existencia. Los cabellos se dispersaron en un abanico azabache dibujando estelas interminables que se perdieron en la nada. Un rugido bestial laceró la belleza de su cuerpo y lo desgajó en fútiles hebras astrales. Y antes de que el mensajero del Infierno aferrara con su viscosidad el alma y la arrancara con sus garras, Sharon pronunció las palabras que siempre habían permanecido enterradas en su ser, materializándose en el aire para aquél que se hallaba al otro lado de la línea.*

- Te quiero.